

# Majoría

## con falda larga

**L**A verdad es que las cosas no podían seguir así.

Y han cambiado.

No quisimos decir nada de este asunto de la moda de la falda corta, por tratarse de una cosa trascendental, y nosotros sentimos predilección por los temas triviales.

Cuando veíamos las calles de Madrid llenas de niñas, decíamos a los impacientes: "No tengáis cuidado. Estas chiquillas de hoy, con sus falditas cortas, son las mujeres del porvenir. Ya crecerán."

Pero pasaba el tiempo y no crecían. Y hubo quien afirmó que la paralización del desarrollo de la naturaleza femenina iba a traer un funesto desequilibrio en nuestra legislación. De seguir así las cosas, había que hacer leyes para niñas de cuarenta, cincuenta y sesenta años.

Y a todo esto, ¡qué lucha, Dios mío!, porque subía la falda y bajaba el escote. Para justificar la moda, se afirmó que la falda corta respondía a los nuevos tiempos, en los que predomina la síntesis, el esquema, lo

abreviado, lo escueto. En el trato social, en vez de la larga parrafada, bastaba con una insinuación; en la prosa, en vez del lingote de plomo de varias columnas, se empleaba el párrafo sintético; en las cifras, si eran largas, se las acortaba con un descuento. España—dijimos—está en un período de crecimiento y todo se le va quedando corto. A esto, como es natural, obedece el predominio de esa "falda de sello" que convierte las rúas madrileñas en el patio de un colegio de niñas en las horas de recreo.

Para combatir la falda corta aparecieron en los locales de espectáculos los carteles "No apta para menores"; pero hubo que transigir, porque ya no había señoritas mayores de edad.

Se trató de combatir la falda corta haciendo en los periódicos el elogio de la falda de "cola de pato", que vestían antaño las hembras de tronío, y cuya cola alborotada seguía a la dama "como la espuma a la nave"; se habló de que el escueto atavio femenino producía enfermedades a la vista, y que el hombre, que es un ser normal, dejaba de serlo cuando daba un paseo por Madrid de siete a nueve de la noche.

Todo fué inútil.

.....

Pero nada hay estable, ni siquiera el plan Marshall.

Las niñas han dado el estirón. De la noche a la mañana, Madrid se ha vestido de largo. Las faldas han crecido doce centímetros y los talles femeninos han ganado en elegancia y hechizo.

Mujeres hermosas, radiantes y espléndidas, visten ahora la falda larga, de mucho vuelo, que da a la figura femenina señorío y prestancia; otras visten chaquetillas cortas y faldas largas ajustadas, de "talle de ánfora", abiertas pecaminosamente por abajo, para poder andar, aunque a veces, con la prisa, tengan que remangárselas como si fueran a atravesar un charco; otras llevan faldas con volantes, que convierten las aceras madrileñas en tabladillos escénicos, y algunas pasean sus talles de avispa recordando la época romántica...

El encanto de la moda de la falda larga coincide con la invasión de los tonos claros en los escaparates. Las florecillas de los valles, la orgía de luz y de color del verano, las grandes rosas, los jazmines y alelíes, todo el paisaje abigarrado y luminoso de un jardín de España, está en las telas que se ofrecen a los ojos de las damas. Y todo es aligero, alado... Cuando una señorita se acerca al mostrador y le dice al dependiente: "¿Quiere usted sacarme los colores?", el empleado saca las piezas de tela como trazados de flores, convirtiendo el mostrador en florida canéfora.

Todo lo nuevo excita. El atractivo y encanto de la moda es su inestabilidad. La monotonía y la rutina son sus enemigos. Nosotros, al hablar de la falda larga, hemos hecho un pacto con el elogio. Las calles de Madrid se han enriquecido con estas "siluetas femeninas" tan elegantes, ingravidas y vaporosas, donde el pelo cae a brazadas sobre la nuca, como áurea gavilla, y donde la figura esbelta de la dama transeúnte, con su falda larga, de amplio vuelo, convierte transitoriamente la acera en un salón palaciego donde todo nos invita a la reverencia.

